

ordenada, por J. T. Medina, y el otro sobre Fray Joseph de San Alberto, Carta a los Indios Chiriguano—; el de Omer Emeth sobre el Prólogo de Medina en el tomo primero de *Leyendas y Episodios Chilenos, Crónicas de la Conquista*, de Aurelio Díaz Meza, comentario con una erudita reseña acerca del género literario en que se ha inmortalizado el peruano Ricardo Palma el de Ricardo Donoso sobre «las dos últimas obras del señor Medina, o sea: *Bibliografía de la Lengua Guarani*, y la reproducción facsimilar de la *Verdadera Relación de los Reinos o Provincias del Perú desde la ida a ellos del Virrey Blasco Núñez de Vela hasta el Desbarato y muerte de Gonzalo Pizarro*, por Nicolás de Albenino, impreso en Sevilla en 1549, y de la cual no se conoce más ejemplar que el existente en la Biblioteca Nacional de París.

Es digna de celebración y aplauso la reproducción de estos comentarios en la forma y lugar en que Feliú Cruz la hace. Publicados, por lo general, en los cotidianos, vienen a dar ahora un mayor interés a la indicación bibliográfica correspondiente, comprobando el decir de Fuenzalida Grandón de que, en cambio de la mera enumeración bibliográfica, «si de vez en cuando se allega aquí un dato peregrino, allá un fugaz comentario, acullá una referencia oportuna, el bibliógrafo habrá llegado infundir en su trabajo cierto solaz de vida comunicativa, como lo proporcionarían otrora las agudas anotaciones de Menéndez Pelayo en sus libros sobre bibliografía hispanoamericana y en aquel admirable de

*Horacio en España*. Todos tan conocidos de los doctos y en los cuales a lo maravilloso de la erudición se añade la enjundia crítica, en su género lo más hondo y cautivador que en lengua castellana se haya dado a luz en todos los tiempos».

Esos comentarios, por lo demás, ofrecen antecedentes ilustrativos, complementarios a veces, otras traen asociaciones de ideas que suelen ser preciosas, que en todo caso son gratas y recobran su oportunidad.—*Samuel Ossa Borne*.

IMÁGENES DE CHILE, por *Mariano Picón-Salas* y *Guillermo Feliú Cruz*. (1)

Acostumbrados a conocer de nuestra historia sólo lo que eruditos desprovistos de sentido histórico o teorizantes doctrinarios han querido dejarnos ver, estas *Imágenes de Chile* nos muestran directamente el testimonio de lo que fuimos realmente en otro tiempo.

El ojo seco y agudo de algún viajero inglés, la impresión de un visitante romántico, la tumultuosa y vibrante intuición de Vicuña Mackenna y hasta el desnudo informe de un explorador científico nos dicen más cosas concretas de nuestro pasado y de nuestra historia que las páginas frías en que más de algún liberal chileno se ha esforzado por encajar a Chile dentro del marco evolutivo de una República normal.

La historia de Chile que aprendimos de estudiantes no resiste siquie-

(1) Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1933.

ra un superficial contraste con sus fuentes: es falsa, arbitraria, inanimada. Se la recuerda casi con encono y no queda de ella más que un informe esqueleto de cifras y de nombres y unos cuantos conceptos, equivocados casi todos, sobre el ambiente de la colonia y los primeros años de nuestra independencia.

Los padres de la patria, recargados con exceso por los apóstoles de un patriotismo desproporcionado, no consiguen deslumbrar al estudiante y van quedando, desteñidos y olvidados, en el desván de los recuerdos indiferentes.

Toda la fantasía del niño se estrella contra la sequedad pretenciosa de los manuales, y la crítica desprejuiciada del adulto reacciona, unas veces con dureza injusta, contra todos los conceptos de una historia deformada a sabiendas. Lo que un hombre de mediana ilustración sabe ahora del pasado de Chile es casi siempre contrario y diferente de lo que enseña nuestra historia oficial.

La cultura contemporánea está reaccionando desde hace tiempo contra los fundamentos básicos de la cultura liberal y racionalista, no sólo en el terreno de la economía y la política, que ahora son preponderantes, sino también en el de las ciencias, la filosofía y el arte.

No quieren comprenderlo así los que siguen pensando y predicando que la edad media fué una época de obscurantismo, que la monarquía absoluta fué en su tiempo el peor de los regímenes posibles, que los frailes y la iglesia son los causantes de todos los males de la humanidad, que la colonia fué un tiempo de ino-

centes ensoñaciones románticas y que nuestro país es la Inglaterra o la Roma de la América del Sur.

La historia moderna mira con un ojo distinto y libre de todo prejuicio de principio. Si se quiere comprender lo que somos, y no para otra cosa se aprende la historia, que no es ciencia pura sino a medias, importa más saber efectivamente lo que fuimos que lo que hubiera sido conveniente que fuéramos, para dar a la juventud vacíos ejemplos de heroísmo a lo Plutarco o de rectitud a lo Catón.

Ahí, en el auténtico pasado, en las estampas que de nuestro suelo, de nuestros hombres, de nuestros indios y de nuestras ciudades se llevaron grabadas los viajeros, está latiendo nuestro escenario histórico y hablando a la imaginación y a la fantasía, que muchas veces se equivocan menos que la razón cuando parte de un principio absurdo.

Junto a la historia escueta de los hechos, la historia viva de la sociedad y del alma del pueblo llena los vacíos y explica las formas que va tomando el desarrollo de un país.

Nuestros pequeños grandes hombres históricos abandonan un momento el pedestal de sus estatuas, se humanizan, cobran vida y se animan cuando se les restituye al ambiente en que vivieron. Sólo devueltos a su época y a su medio es posible comprenderlos y quererlos, sentirlos viviendo y luchando por su pequeña patria.

Estas *Imágenes* revelan un Chile casi desconocido para la enorme masa de los chilenos, y harán comprender mejor y amar mejor nuestro

pasado, que surge de ellas renovado y sabrosamente auténtico.

Modestamente destinado a servir de texto auxiliar de Historia Americana en los Liceos, este libro es un valioso aporte a la vulgarización de nuestra historia social. Por la novedad de los trozos que contiene y del método con que han sido seleccionados, por la rica colección de grabados que lo ilustran y por su bibliografía escrupulosa, será leído con agrado y provecho por todo el que quiera estudiar las formas sociales del pasado, o desee simplemente sumergirse en un mundo lejano y distinto del nuestro, pero impregnado de interés y de vida apasionantes.—  
*O. Vera.*

## CUENTOS

CUENTOS DE MI TÍO VENTURA,  
por *Ernesto Montenegro.*

Nos cuentan los biógrafos de Charles Perrault que su mayor y principal ambición era llegar a ser un gran poeta épico. Ello andaba también conforme con su gravedad de magistrado. Y alcanzó a publicar, en efecto, unos poemas grandilocuentes, en los que cifró grandes esperanzas. Pero la gloria, caprichosa y esquiva, no vino con tal motivo a coronarlo. Abuelo ya, y sin otro fin que entretener a sus nietos, escribió una serie de narraciones fantásticas, tomando por base las que circulaban entre el vulgo. Luego, estimándolas en poco, las dió a la publicidad con la firma de su hijo. Y fué entonces que la desdeñosa Fama le abrió su corazón ampliamente.

Ernesto Montenegro nació al mundo literario con las intenciones de ser un poeta de renombre. Algunos cortos poemas alcanzaron a publicarse en diarios y revistas; también algunas prosas. Luego, lo cogió el tráfago de la vida, o más bien la inquietud de recorrer lejanas tierras, porque, ante todo, llevaba un judío errante por dentro. Partió para Estados Unidos sin más haber que el producto de futuras correspondencias, y fué a parar en California. Allí vivió del periodismo. Continuó a Nueva York, y siempre el periodismo absorbió sus horas. Fundó allí una revista de propaganda chilena, en la que estuvo tres o cuatro años; acabó por aburrirse, reunió los cobres que le quedaban y salió a dar una vuelta por Europa. En seguida regresó a Chile.

Ya en la tranquilidad de la tierra nativa, y saciado su afán de trajines, pareció natural que su espíritu volviera a las primitivas ansias de gloria literaria. ¿Encontró que ya estaba viejo para reincidir en la poesía pura? Posiblemente. Nuestro ambiente no es propicio para tales aficiones: se le cree cosa propia de mozalbetes ociosos, desaseados y melencólicos. Además, pasados los cuarenta años muchas ilusiones han muerto. Quedaba por delante la novela; con toda la experiencia adquirida en la tierra del dólar, Montenegro tenía materiales preciosos para una que saliera de lo corriente, con gentes, costumbres y psicologías de Yanquilandia. Pero tal vez quiso aconchar un poco sus recuerdos, dejar que laborara el inconsciente, postergar, en suma,